

**RESEÑAS**

**SOBRE *FALSO MOVIMIENTO. EL GIRO CUANTITATIVO EN EL ESTUDIO DE LA LITERATURA***  
**FRANCO MORETTI**

Trad. de Diego Bentivegna. Buenos Aires, Eduntref, 2023, 116 pp.

por

**Marcelo Topuzian**

**Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires**

*Doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires e investigador adjunto del CONICET. Se desempeña como profesor asociado a cargo de la cátedra de Literatura Española III de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y dicta regularmente cursos y seminarios en la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF), la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana y la Maestría en Estudios Literarios (UBA). Ha publicado los libros Muerte y resurrección del autor (1963-2005) y Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría, y coordinado el volumen colectivo Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales.*

Correo electrónico: [mtopuzian@gmail.com](mailto:mtopuzian@gmail.com)

ORCID: [0000-0003-3492-3199](https://orcid.org/0000-0003-3492-3199)

DOI: <https://zenodo.org/record/8212669>

“Comprender *qué es lo que estamos haciendo concretamente* cuando estudiamos literatura”: este es el objetivo de máxima de Franco Moretti en su nuevo libro y, vale decirlo, en toda su obra. Estamos ahora ante una recopilación de artículos publicados previamente en revistas u obras colectivas en Italia, pero revisados para esta edición y acompañados de un artículo nuevo sobre Carlo Ginzburg y un prefacio. Es una continuación posible de *La literatura vista desde lejos* (2007), de *Lectura distante* (2015) y del colectivo *Literatura en el laboratorio* (2018), y a la vez una toma de distancia. Algunas afirmaciones de este nuevo libro de Moretti pueden resultar sorprendentes e incluso escandalosas para quien haya entendido, para bien o para mal, aquellas publicaciones –sobre todo, la última– como una pretensión de sometimiento completo de la investigación literaria y de la historia de la literatura a los desarrollos de los recursos técnicos del análisis digital cuantitativo. Sin embargo, en realidad es un retorno a las fuentes de Moretti (por ejemplo, a Fernand Braudel y a la escuela historiográfica de los *Annales*) y también un atisbo de algunas de las posibilidades que cabría esperar del futuro de los estudios literarios en general, si lo tienen.

El título remite a un film de Wim Wenders, con guion de Peter Handke y del director: *Falsche Bewegung* (1975) (en alemán el movimiento no es solo (en) falso, sino también equivocado o incorrecto). Trasposición moderna de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, clásico de los clásicos del género al que Moretti dedicó uno de sus primeros trabajos importantes, la novela de educación, el film carece por supuesto completamente de las certezas de Goethe: el ¿héroe? no termina de empezar a convertirse en escritor y hasta quizás deba transformarse en otra cosa (¿cineasta?). El título resume entonces un recorrido retrospectivo que no se sabe si realmente es el de un verdadero aprendizaje, si tiene o no sentido, o si se perdió por el camino y se metamorfoseó. Plantea, por lo tanto, una pregunta seria a unas humanidades digitales –Moretti discute expresamente hasta la legitimidad de la misma denominación (siempre en inglés en el original)– que han confiado demasiado en que su destino y sus propósitos podrían ser completamente determinados por el estado de los avances en los desarrollos técnicos del software de búsqueda y administración de datos. Frente a esto, Moretti vuelve a reivindicar el rol central de la teoría literaria y del estudio de la forma: su propósito original siempre fue, claro, “retomar tradiciones teóricas legendarias –formalismo ruso, *Stilkritik*, estructuralismo–<sup>1</sup> y darles la osatura empírica que merecían” (106). Pero entiende la forma, desde una perspectiva

<sup>1</sup> A los que sin dudas habría que sumar la *Teoría de la novela* de Lukács.

marxista, como trabajo y producción que le dan a la literatura su verdadera dimensión social, frente a lo que considera el perfil o bien temático y contenidista de las técnicas de análisis cuantitativo hoy más usuales –que terminan idealizándola, desmaterializándola y trivializándola–, o bien abstractamente formalista, orientado a la reducción de las interacciones de elementos a simples modelos sin vínculo sustantivo con la historia. Solo hipótesis teóricas en sentido fuerte pueden guiar este tipo de análisis más allá de una mera comprobación de los presupuestos de sentido común acerca de los fenómenos estudiados. Si no, las humanidades digitales solo servirán para establecer una nueva simplificación, la de las tendencias, más arbitraria o inmotivada aún que la que resultaba del viejo canon de los clásicos.

La forma es lo único que vale la pena, pero a la vez es lo más difícil de estudiar cuantitativamente, al menos si se la piensa, como Moretti, en su dimensión material, es decir, a partir de la fuerza que somete sus materiales para transformarlos. Porque, en última instancia, siempre el análisis formal de la literatura busca devolver la obra al mundo. Historizando a la manera de Fredric Jameson, muestra lo irresuelto en los materiales de allí provenientes que ella resolvió y también cómo lo hizo (como una “ingeniería inversa”, dice Moretti). Pero el análisis cuantitativo y serial de vastos corpus no puede terminar de hacer esto por sí solo, dada la primacía que en él tienen el dato y su administración clasificatoria y sistematizante. Las resoluciones formales parecen ser todavía eso que vuelve atractivas las obras literarias en la singularidad de su acontecer en un momento determinado, aunque luego pueda volverse repetible, e incluso normativo, pero el estudio cuantitativo solo parece poder explorar regularidades en lapsos temporales indefinidos (o cuya definición depende, en todo caso, de decisiones, más o menos arbitrarias, del investigador, no de la lógica de sus materiales mismos). La conclusión de Moretti es que interpretación y cuantificación son dos prácticas que pueden trabajar juntas, pero que nunca podrán ser lo mismo. Un patrón no es una forma y una tendencia no es una norma: en contra de la interdisciplinariedad normativa y burocrática, Moretti afirma que “entender por qué ciertos métodos permanecen orgullosamente irreductibles los unos respecto de los otros nos dirá mucho más que miles de reconciliaciones forzadas” (42). Hay que preguntarse por qué los detalles tienden a hacer perder de vista la estructura del conjunto en el análisis cuantitativo y por qué a las lecturas interpretativas les resulta tan fácil olvidar, en sus generalizaciones, los detalles molestos que podrían echarlas a perder.

Se puede analizar cuantitativamente la interacción entre elementos estructurales y pensar el conjunto como sumatoria de esos elementos; pero con ello se pierde la posibilidad de formular hipótesis teóricas fuertes sobre el desarrollo histórico de la literatura. La abundancia de datos debería alentar

la formulación de conceptos ambiciosos, y no, al revés, volverlos improcedentes. En última instancia, todo apunta a una inventiva capaz de diseñar no solo nuevas herramientas, sino sobre todo nuevos objetos de investigación para los estudios literarios más allá del libro, el texto o la obra particulares, es decir, de los disponibles para la *close reading*. “La estadística se estudia y se aprende; lo difícil es ser capaces de esa *imaginación científica* que confiere a las ciencias naturales su extraordinaria audacia intelectual” (115).

De aquí el interés común tanto por la obra de Fernand Braudel como de Carlo Ginzburg. En su apuesta a las ciencias sociales como fuente de renovación metodológica, el primero permitía devolver a la crítica literaria marxista, en años en que tenía “más en cuenta a Lacan y a Derrida que a Marx”, a “una historia materialista llena de cosas” (105). Y en los casos límite frente a una media histórica se pueden percibir las fuerzas que movilizan la evolución de la literatura en términos formales y normativos; pero las anomalías, como la historiada en *El queso y los gusanos*, interrogan los criterios mismos con que se ha pensado la lógica de esa evolución, siempre homogénea. Esto sucede, indica Moretti, porque “los grandes números no funcionan del mismo modo en el ámbito económico-social y en el ámbito cultural” (105).

Moretti cita a Bruno Latour eventualmente, pero no creo que comparta sus convicciones a propósito de la cientificidad: esta sigue dependiendo, según él, fenomenológicamente, de una reducción, de un salto, de un corte masivos –respecto del sentido común– a lo Bachelard o Koyré, a quienes también cita pero mucho más sistemáticamente. Cabe entonces preguntarse si esa diferencia del funcionamiento de los grandes números en el ámbito cultural no tiene que ver precisamente con las enormes prerrogativas que sobre él sigue teniendo el sentido común –en la figura de un acceso “salvaje”, radicalmente democrático, no de un hipotético lector o espectador medio–, y por lo tanto sobre la obligación de los estudios de la cultura de incluir en su consideración ese sentido común con el que deberían cortar si quieren ser científicos. No solo hay una cuestión de inventiva teórica en juego, sino también epistemológica y, en última instancia, institucional: ¿cómo pueden lograr volver a tener sentido unos estudios literarios cada vez más encapsulados en la academia si no asumen su implicación en fenómenos que están lejos no solo de la ciencia, sino incluso de cualquier definición abstracta de racionalidad?

Los artículos que componen este libro son, en primer lugar, muestras de las cosas que pueden permitir hacer la lectura distante y el análisis cuantitativo de literatura. Por ejemplo, la variedad lexical en relación con la construcción de personajes; la importancia y pertinencia de los casos límite y las anomalías; la utilidad de las simulaciones de redes dramáticas; la

posibilidad de visibilizar en gráficos de datos no solo tendencias crecientes o decrecientes sino interacciones formales entre elementos. Pero, en segundo lugar, cada trabajo explicita sus alcances polémicos ya no solo respecto de la tradición hermenéutica, sino también de las variantes hoy dominantes de las humanidades digitales en el estudio de la literatura. En este último sentido, el trabajo fundamental del volumen es el último, “Lo cuantitativo como promesa y como fenómeno”, un balance retrospectivo, que quizás deba ser también considerado, precisamente, *falsch*.

Los trabajos de Moretti están escritos siempre como estudios de casos, y su lectura tiene el sabor que a este género le da la reproducción de una práctica de búsqueda e interrogación, con sus vacilaciones y sus vías muertas, sus descubrimientos y sus sorpresas, sus éxitos y sus fracasos. La explicación en epígrafe de los gráficos usados como ejemplos contribuye favorablemente a la comprensión de la argumentación general. La traducción cuidadosa y hasta minuciosa de Diego Bentivegna hace justicia al estilo de Moretti y vuelve accesible en español esta colección de trabajos cruciales para pensar hoy un futuro para los estudios literarios.